

## **Trigésimo Domingo. Tiempo Ordinario. Año B**

### **Lectio divina sobre Mc 10,46-52**

---

La curación del ciego dramatiza el poder de la fe ciega en Jesús: un gentío de videntes acompaña a Jesús y se opone a la petición del ciego; éste, mendigo por necesidad, no permite que pase de largo quien puede ayudarlo. No tenía muchas luces, pero su ceguera lo llevó a Jesús. Y se atrevió a pedir lo imposible: la visión. El ciego es el único que vio en Jesús su oportunidad única. Y cuando recupere la vista, no tendrá más remedio que seguirle: da su vida a quien la ha llenado de luz. Confiar en Jesús, aunque parezca que se nos aleja, afrontando incluso la oposición de quien le acompaña, puede ser el camino de nuestra fe y el inicio de su seguimiento. Que nadie se dé cuenta de lo mucho que le necesitamos no es buena excusa para no hacerle pública nuestra necesidad. No importa que vivamos rodeados de ciegos, lo decisivo es que nuestra ceguera no sea obstáculo para buscar en Jesús la luz que nos falta; lo que los demás piensen o digan, no importa a quien lo que importa es recuperar la visión de las cosas que da el seguimiento.

---

**En aquel tiempo, <sup>46</sup>al salir Jesús de Jericó con sus discípulos y bastante gente, el ciego Bartimeo, el hijo de Timeo, estaba sentado al borde del camino, pidiendo limosna. <sup>47</sup>Al oír que era Jesús Nazareno, empezó a gritar:**

**«Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí.»**

**<sup>48</sup>Muchos lo regañaban para que se callara. Pero él gritaba más:**

**«Hijo de David, ten compasión de mí.»**

**<sup>49</sup>Jesús se detuvo y dijo:**

**«Llamadlo.»**

**Llamaron al ciego, diciéndole:**

**«Ánimo, levántate, que te llama.»**

**<sup>50</sup>Soltó el manto, dio un salto y se acercó a Jesús. <sup>51</sup>Jesús le dijo:**

**«¿Qué quieres que haga por ti?»**

**El ciego le contestó:**

**«Maestro, que pueda ver.»**

**<sup>52</sup>Jesús le dijo:**

**«Anda, tu fe te ha curado.»**

**Y al momento recobró la vista y lo seguía por el camino.**

---

#### **I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice.**

Sanar un ciego no es el único (Mc 8,22-26) prodigio que Jesús realiza en su viaje hacia Jerusalén; será el último (Mc 11,1). Aunque el episodio se presenta como un la crónica de un milagro, en el fondo, delinea un auténtico itinerario de fe: quien vivía al borde de un camino, a las afueras de la ciudad, mendigando ayuda terminará por, recobrada la vista, seguir a Jesús por el camino. Encontrarse con Jesús hizo que Bartimeo encontrase la luz para sus ojos y el seguimiento.

La narración es diáfana: Jesús está a unos 25 km. de Jerusalén, caminando hacia su fin (Mc 10,33-34). Era habitual que, como hizo Bartimeo, quien mendigaba ayuda se colocase a las puertas de la ciudad, para mejor aprovechar el intenso tráfico de personas. Cuando supo que era Jesús quien pasaba, no pidió limosna sino compasión, de forma repetida (Mc 10,47-48), a viva voz, importunando a los viandantes (Mc 10,48). Significativo que no pida en primer lugar la curación sino un poco de atención y misericordia. Jesús reacciona, contrariamente a cuantos le seguían, con solicitud. No le molesta que lo llamen a gritos, si nacen estos de la necesidad sentida. Y a quienes regañaban al ciego les manda que lo llamen: no deja alternativa; es imperativo es categórico (Mc 10,49). La reacción de Jesús cambia la actitud de los suyos, que animan al ciego a acercarse, y la postura del ciego, que se levanta de un salto y va a encontrarlo. La necesidad de sentir compasión ha llevado al ciego hasta Jesús; la necesidad de ver le hará pedir el milagro. Jesús se cerciora antes y le hace explicitar su deseo: quiere ver. Y es Jesús quien ve en esa petición un acto de fe. Bartimeo no solo recobra la vista; se une, creyente y ya curado, a la comitiva que sigue a Jesús, quien le ha librado de la mendicidad y de las tinieblas.

Bartimeo, su camino de fe, ilustra el recorrido de quien no siendo aún discípulo y viviendo de la limosna de los demás, se atreve a aprovechar el paso de Jesús para provocar su misericordia, logrando que lo atienda y lo llame, le pregunte qué desea y se lo conceda. Porque sólo él ha logrado ser compasivo, Jesús ve fe donde los demás han visto incordio, ha valorado la confianza del ciego y no sus gritos, Es su forma de hacer discípulos.

#### **II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida**

La curación del ciego Bartimeo, un pequeño acontecimiento dentro del ministerio público de Jesús, nos ofrece hoy la posibilidad de reflexionar sobre nuestra vida de fe, expresada en la oración, y sobre la responsabilidad que tenemos contraída de atender a los demás, en especial a los más necesitados, los que más necesitan de Jesús.

De camino hacia Jerusalén con sus discípulos, Jesús salía de Jericó sin advertir, al parecer, la presencia de un mendigo ciego a la vera del camino. De no haber sido por sus gritos nadie habría reparado en él y él, seguramente, hubiera muerto ciego, pidiendo limosna a la salida de su ciudad. Si recobró la vista y siguió a Jesús, si vio de nuevo la luz y dejó para siempre la mendicidad, si abandonó la vera del camino para hacer camino con Jesús, fue porque se atrevió a pedirle a voces su curación. A quien pasaba sus días rogando limosna no le tenía que resultar penoso el pedir una vez más. Quien vivía de la generosidad de los transeúntes, tenía que confiar necesariamente en todo el que pasase a su vera. El ciego mendigaba ayuda de todo aquél que se le aproximara. Pero el día que se enteró que era Jesús quien pasaba a su lado, dejó de pedir limosna y se atrevió a pedir un milagro. No se avergonzó de su temeridad, expuso su necesidad a gritos, llegando a molestar a cuantos acompañaban al Maestro. No le importó llamar la atención ni sufrir recriminaciones; no quiso perder la oportunidad y continuó gritando hasta que Jesús le atendió. A Jesús no le habían molestado sus voces, puesto que eran la voz de la fe, que pedía lo que a nadie había pedido antes, lo que sólo Jesús, el Hijo de David, podía darle: la vista.

Esta fe ciega que pide a gritos un milagro, ¡y no en el silencio del templo sino en medio del bullicio de los caminos!, debe resultarnos de estímulo a nuestra vida de oración... y de seria advertencia ante nuestra forma de vivir a diario la fe. Hay que envidiar, en efecto, la valentía del mendigo que dejó de pedir un día pequeñas limosnas cuando, finalmente, se atrevió a pedir la curación que necesitaba. Bien sabía que sólo la vista le libraría de la mendicidad, que todo lo que recibía no eran más que ayudas a medias, que prolongaban sus días sin luz y no quiso desaprovechar la ocasión que se le presentó el día en que Jesús pasó a su lado. Cansado de mendigar limosnas todos los días, se atrevió a pedir la definitiva sanación: apostó por Jesús y confió a él su necesidad. Eso le salvó de su pobreza y de su ceguera.

El mendigo ciego nos recuerda hoy que, posiblemente, estemos también nosotros, como estuvo él hasta que se encontró a Jesús, pidiendo ayuda, rogando una limosna a todo el que pasa por nuestro lado, sin atrevernos a exigir de Jesús el milagro, a gritos si fuera preciso, perdiendo ante él y ante los demás la compostura. ¿Por qué reparar en los buenos modales cuando estamos tan necesitados? Quizá nos falte la sensación de indefensión en la que vivía el ciego; seguramente no somos conscientes de la falta de luces con la que vivimos. Estamos probablemente demasiado conformes con nuestra falta de miras, como para que perdamos tiempo y la vergüenza para hacer pública, a voces, nuestra necesidad. Nuestra fe no nos cura, porque no sentimos la necesidad de ser curados; no aceptando que nos falte la luz que sólo Cristo nos puede dar, mal podríamos ir a él a pedírsela: sólo un ciego sabe echar en falta la luz.

Deberíamos impedirle a Jesús, como hizo el ciego Bartimeo, el que nos deje sin habernos dejado curados de nuestras cegueras. Tendríamos que dejar de pedirle limosna y atrevernos a rogarle un milagro. Nuestra vida de oración no merecerá las atenciones de Jesús hasta tanto no le hayamos gritado la necesidad que de él, y de su poder, tenemos. No temamos perderle el respeto: aunque le gritemos a Dios, si lo hacemos para que nos atienda, si le gritamos cuando le necesitamos - porque todos los demás nos tienen sin cuidado -, ganaremos su confianza y obtendremos lo que le pedimos con tanta fe como alboroto. Es lo que hizo el ciego y fue alabado, ¡y curado!, por Jesús. No nos falta indigencia ni nos sobran luces; escaseamos de fe en Cristo y abundamos en desconfianza de que nos quiera sanar. Por eso, seguimos conviviendo con nuestras faltas sin atrevernos a pedirle curación.

Los discípulos que acompañaban a Jesús se sintieron, en cambio, molestos por los gritos del mendigo. No vieron que eran la expresión de su fe y les cayó mal su insistencia. De haber sido por ellos habrían preferido pasar de largo, habrían querido silenciar la necesidad del ciego y habrían evitado que Jesús le atendiera. ¿Cómo no verse hoy todos nosotros retratados en su actitud? ¡Qué pocas veces tenemos los discípulos de Jesús, hoy como ayer, tiempo y sensibilidad para quien está a la vera de nuestro camino gritándonos su necesidad. Siempre tan ocupados con nuestro Dios y, cuando no, de nuestro propio interés, no vemos la indigencia de cuantos nos rodean. El hecho de tener nosotros ojos nos hace pasar por alto que otros tantos no los han tenido nunca o los perdieron para siempre. Sólo porque Dios nos haya librado de una enfermedad, de una prueba, de un estado de necesidad, no hacemos ciegos frente a las enfermedades, sordos ante la necesidad hasta llegar a molestarnos el dolor de nuestros semejantes.

Muy a menudo sucumbimos a la tentación de olvidarnos de quienes todavía no siguen a Jesús, sólo porque nosotros desde hace tiempo estamos haciendo el esfuerzo de caminar a su paso. Querer a Jesús debería llevarnos, por el contrario, a saber compartir este gozo con todos los que quieren algo de él y le buscan como hicimos nosotros un día. Seguir a Jesús de cerca nos ha de llevar a acercarnos al necesitado para facilitarle su encuentro con el único Maestro que puede realmente curar. No nos mereceríamos a Jesús, a quien seguimos, si no le ayudásemos a acercarse a cuantos hoy le necesitan y mañana pueden ser sus seguidores.

Y sin embargo, llevando una vida cristiana como la que llevamos, preocupados por tener a Dios junto a nosotros y nuestros problemas, atento sólo a cuanto nosotros queramos de Él, interesados en que nadie le moleste con sus gritos, apartándole de cuantos no son todavía sus discípulos, estamos privando a un mundo necesitado, de Dios, de su luz y de su salvación. El mundo hoy no logra ver a Jesús como su salvador, porque sus discípulos se lo están secuestrando. A base de quererlo sólo para nosotros, molestándonos porque otros lo están llamando a voces, no conseguimos mejorar nuestro mundo ni permitimos a Dios que atienda a los que le buscan.

Seguir a Jesús nos ha de convertir en hombres que no se molestan porque se le pidan milagros a gritos, porque quien le sigue sabe que Jesús está dispuesto a hacerlo siempre que encuentre fe. ¿No será por nuestra poca fe que no somos

audaces cuando rezamos, pidiendo lo imposible, poniéndonos imposible cuando pedimos? ¿Y no será que porque no sabemos rezar por lo tratamos de impedir que otros lo hagan mejor que nosotros? Debemos pensarlo.